

Amor “de transferencia”*

Carlos Sopena

LO REAL, EL DESEO Y EL AMOR

En su primera teoría de las pulsiones Freud oponía el hambre y el amor, siendo el amor una forma poética de referirse al sexo. Al “principio”, la satisfacción de la zona erógena está asociada a la satisfacción de la necesidad de alimento. La pulsión sexual se constituye al separarse del hambre, cuando la succión del pulgar aporta al niño un placer erógeno que habrá de convertirse en un fin en sí mismo. Desprendida de la pulsión de autoconservación, que le ha servido de apoyo, la pulsión sexual oral pierde el objeto y se satisface autoeróticamente. El objeto natural de la necesidad es sustituido por el objeto alucinado del deseo sexual, deseo que se satisface de un modo fantasmático. A partir de ahí, la satisfacción de la necesidad deja al deseo insatisfecho.

La pulsión sexual se origina en el desprendimiento del objeto, pero el autoerotismo, que implica la pérdida del objeto, puede a su vez ser considerado como, una preparación para el reencuentro del mismo. En “Las pulsiones y sus destinos” Freud escribe que “el amor procede de la capacidad del yo de satisfacer autoeróticamente, por la consecución de placer orgánico, una parte de sus movimientos pulsionales.

“Originariamente narcisista, pasa luego a los objetos que han sido incorporados al yo ampliado y expresa la tendencia motriz del yo hacia estos objetos considerados como fuente de placer.”

-
- *Leído en la Sociedad Psicoanalítica de Madrid en junio de 1979.*
 -

Si la experiencia de satisfacción autoerótica y por consiguiente alucinatoria es una condición previa del pasaje a los objetos, queda sin embargo la pregunta sobre los motivos que llevan a sustituir una satisfacción factible de ser alcanzada de modo inmediato por otra mediada por la representación de las circunstancias del mundo exterior y la modificación de las mismas. Freud encuentra la explicación en la índole inadecuada de la satisfacción por alucinaciones: la satisfacción esperada no llega y es esta decepción la que impulsa la búsqueda por otra vía más complicada. [Los dos principios del suceder psíquico.] Podemos concluir entonces que el amor procede tanto de la satisfacción autoerótica como de la decepción que deja el autoerotismo.

En “Tres ensayos” Freud había afirmado que encontrar un objeto sexual no es más que una manera de reencontrarlo. Pero el reencuentro no se produce en un imposible retorno al objeto originario, sino mediante un desvío y sucesivas sustituciones representativas del objeto perdido. Es justamente porque el objeto de la pulsión es un objeto faltante en lo real que el deseo no cesa de representarlo. En “La negación” habrá de referirse más explícitamente a este punto. Allí dice que la pérdida de objetos que procuraron satisfacciones reales es una condición esencial para que se establezca la prueba de realidad, que consiste en decidir sobre la existencia real de una cosa imaginada. La función intelectual del juicio ha de establecer si algo que se encuentra en el yo como representación puede ser vuelto a hallar en la percepción. Pero el fin primero y más inmediato de la prueba de realidad —agrega— no es el de encontrar en la percepción un objeto que corresponda al imaginado sino el de reencontrar tal objeto, el de convencerse de que aún subsiste. La búsqueda del objeto en la realidad está absolutamente orientada por la evocación alucinatoria de un objeto perdido. Es la facultad del discernimiento la que podrá juzgar posteriormente sobre la objetividad de la imagen y verificar la deformación de la realidad que ella comporta. De esta manera se pone de relieve la diferencia existente entre el objeto alucinado del deseo y el objeto real, separación que es el producto de la división entre el sujeto de la percepción y el sujeto del deseo.

El objeto fue perdido al ser alucinado y ahora, al ser confrontada la alucinación con la realidad, es perdido por segunda vez. Para mitigar la decepción derivada de esta discordancia entre lo que se desea y lo que existe, la realidad habrá de ser parcialmente rechazada y modificada. Precedido por la

satisfacción alucinatoria, el objeto del amor siempre conserva cierto carácter de invención personal. Paul Valéry ha escrito que “No existe ser alguno capaz de amar a otro tal cual es. Solicítanse modificaciones, puesto que se ama sólo a un fantasma. Lo que es real no puede desearse, ya que es real. Te adoro...pero, esa nariz, ese traje que llevas...” [“Tel -Quel”¹. Ed. Labor; Barcelona, 1977.] Siempre queda una brecha entre el objeto alucinado y el reencontrado en la realidad, espacio de la decepción que el amor intentará soslayar con su pasión por convertir al objeto en otro más acorde con los propios deseos.

El amor, que inspira al amante y lo vuelve imaginativo, es en sí mismo el resultado de un investimento de la actividad imaginativa. Pero, ¿de cuáles fuentes se nutre, a partir de qué materiales se despliega toda esa inventiva? Porque no se inventa el amor, que tiene ya su historia. Y puede suceder que alguien nos adelanta algo de la historia de nuestro amor antes que la hayamos vivido, como le ocurrió a Juanito, a quien Freud dijo que desde hacía tiempo sabía que iba a nacer un Juanita que querría mucho a su madre. La representación que cada uno se hace del amor y del ideal amoroso depende naturalmente del Edipo y pasa por el lenguaje, lo que da al amor su carácter de fenómeno social y contemporáneo. Aun el amor “a primera vista” es también de oído y tributario de un discurso circulante en la sociedad que da definiciones del amor y que posee un estilo particular en cada época. Ningún amor puede dejar de imitar historias de amores oídas o leídas. Inclusive puede no ser necesario conocer a la amada para que el amor se despierte. A veces basta con oír la alabanza de una dama. Como nos dice el trovador Amanieu de Seseas, citado por Ortega y Gasset en “Estudios sobre el amor”. [*Revista de Occidente*; Madrid, 1973.]:

“Y sabed que es verdadero:
un hombre ama de fino corazón
mujer que nunca vio,
sólo por oírla alabar.”

El ideal amoroso es el significante de la unión de la alucinación y la percepción, del yo con su ideal. Amor es un acto de desprendimiento libidinal al mismo tiempo que un intento de restitución de la completad narcisística

perdida. El objeto es tratado como el propio yo del sujeto y está llamado a sustituir un ideal propio no alcanzado. Por el rodeo del amor el yo trata de cumplir una aspiración de perfección que satisfaga su narcisismo. [Freud: “Psicología de las masas y análisis del yo”.] El amado se vuelve algo de uno y se mantiene el rechazo por lo otro, por lo que no es uno. Uno más uno hacen uno, es el cálculo del amor, que busca alcanzar el ser en un ser de dos. La compulsión a unir siempre deja algo fuera y lo que pretende en último análisis es excluir la diferencia como tal, todo aquello que no podría ser asimilado sin quebranto por la imagen ideal.

El retorno de lo reprimido —el otro, el sexo— deshace el clivaje que da sustento a la imagen unificadora y produce una fisura en el objeto uno, en el ideal-yo. Queda en evidencia el error de cálculo, ya que uno más *uno* no hacen uno sino que, cuando menos, hacen cuatro, como dijera Freud. El odio, qué es más antiguo que el amor, busca entonces la destrucción del otro, de la diferencia, que es escasamente discernible de lo diferente, lo otro, en uno mismo.

Lo otro en uno mismo es el sexo y sus manifestaciones, que son de distinta índole que las del amor propiamente dicho. En “Las pulsiones y sus destinos” Freud escribe que el objeto es lo más variable de la pulsión si se lo compara con las fuentes somáticas y con los fines que persiguen las pulsiones. El objeto no se halla originariamente enlazado a la pulsión sino subordinado a ella como consecuencia de su adecuación al logro de la satisfacción. Añade que los conceptos de amor y de odio no son aplicables a las relaciones de las pulsiones con los objetos y que deben ser reservados para las relaciones del yo total con los suyos. Así, pues, la palabra “amar” se inscribe en la esfera de las relaciones de placer del yo con los objetos y se fija, por último, a los objetos estrictamente sexuales y a aquellos que satisfacen las necesidades de los impulsos sexuales sublimados.

En un capítulo de “Psicología de las masas...” referido al enamoramiento y la hipnosis, hace una distinción entre el amor sensual y el amor tierno. El primero no es más que un investimento de objeto encaminado a lograr una satisfacción sexual directa y que desaparece con la consecución de este fin. Parece tratarse de una transición entre el autoerotismo y el amor objetal. El

valor afectivo del objeto es momentáneo, sin otro propósito que alcanzar una descarga inmediata. .

En cuanto al amor tierno, que implica la supervivencia psíquica del objeto, Freud dice que acarrea una complicación: es la certidumbre de que la necesidad recién satisfecha no tardaría en resurgir la que determina la persistencia del investimento del objeto aun en los intervalos en los que el sujeto no siente la necesidad de “amar”. Nuestro protagonista se muestra más preocupado por asegurarse de que el objeto que lo satisface estará a su disposición cuando lo precise que por el logro inmediato de la satisfacción. Si antes era desaprensivo con el objeto ahora tiene que abocarse a la tarea de conquistarlo para tratar de retenerlo. Lo que anhela es entonces ser deseado por el otro. Podría decirse que las cosas se complican porque quiere un deseo ajeno y no un objeto y porque empieza a estar poseído por el sueño de la posesión.

El otro factor que incide en la transformación del amor es de índole aparentemente distinta y se debe a la represión derivada del complejo de Edipo: el niño permanecerá ligado a sus padres pero con impulsos coartados en su fin. El amor tierno se desarrolla a expensas del impulso sexual, que es desviado de su fin y convertido en tendencias sentimentales. Freud llega a sostener que por la parte correspondiente a los impulsos de ternura coartados en su fin puede estimarse la intensidad del enamoramiento en oposición a la del deseo sensual.

Si nos detenemos a considerar el factor primeramente mencionado, tenemos que Freud explica el surgimiento del amor y la supervivencia del objeto por la necesidad de estar prevenido frente a la reaparición del deseo sexual. Pero para aprender que el deseo volvería nuestro sujeto tuvo necesariamente que haber pasado por la experiencia de la insatisfacción y no sólo la provocada por la ausencia del objeto. Si una vez satisfecho sigue llamando al objeto, deseándolo, es porque la propia satisfacción sexual dejó un resto, hubo algo que escapó a la satisfacción dejando un margen de deseo insatisfecho. Si el hombre empieza a preocuparse por su satisfacción es porque ésta se le aparece ya como problemática. La sexualidad humana está limitada por prohibiciones, pero lo está fundamentalmente porque en la naturaleza misma de la pulsión existe algo desfavorable a la realización de la plena satisfacción. [Freud: “Acerca de una degradación general de la vida

erótica”] El amor existe porque no hay satisfacción sexual plena; la persistencia del investimento del objeto es el corolario de la persistencia de la insatisfacción del deseo. Amamos a los objetos que nos dan placer y que vienen a cubrir la brecha que el sexo deja abierta. De no haber una satisfacción prohibida o que se rehúsa tampoco habría amor, ya que se ama para prevenir, es decir, para conjurar la insatisfacción.

El segundo factor es el Edipo. La insatisfacción sexual real, que es intrínseca a la propia satisfacción, adquiere un sentido al reorganizarse culturalmente en el mito edípico. La prohibición del incesto socializa la insatisfacción, convirtiéndola en un conflicto entre el deseo y la interdicción. El niño ama a la madre y odia al padre, al que hace responsable de su decepción. La insatisfacción se torna satisfacción prohibida que, en cierto modo, puede realizar vicariamente al identificarse con su padre. Con el acceso al complejo de Edipo el niño se normaliza, se “cura” de algo incurable: es preferible la interdicción que la imposibilidad lisa y llana. Mientras que ésta deprime, aquélla es un reto que lleva a la represión del impulso al mismo tiempo que produce un efecto estimulante; como Freud ha señalado, la importancia psíquica de un impulso crece con su prohibición. [Ibídem]

En “El final del complejo de Edipo” comienza diciendo que el Edipo sucumbe a su propio fracaso, por su imposibilidad interna: la ausencia de satisfacción aparta al niño de su inclinación sin esperanzas. Pero termina afirmando que el complejo sucumbe a la amenaza de castración, es decir debido a influencias externas. La decepción obedece, en última instancia, a que la pulsión, por su propia naturaleza, ha perdido el objeto. El objeto sexual —aunque se trate de la propia madre— no es nunca el originario sino tan solo un subrogado suyo que no satisface plenamente. El Edipo pone al objeto prohibido en el lugar del objeto perdido, que es entonces un objeto ajeno, poseído por el padre.

La sexualidad se constituye con la muerte del objeto, es decir, con la pérdida de lo real, que se produce en el momento en que la pulsión se liga a un representante psíquico. Lo real es lo que cae bajo los efectos de la represión primaria; es el límite a la representatividad siendo por eso mismo la causa de todas las representaciones. El deseo, aunque estrechamente dependiente del cuerpo, está en relación con la fantasía y no con lo real. Es el movimiento por el cual se trata de reencontrar lo perdido bajo la forma de la satisfacción

alucinatoria, qué es el modo como el sujeto se representa lo que le falta. La insatisfacción real queda ligada a ciertos significantes que determinan la configuración del deseo, su puesta en escena en la fantasía. El amor, por su parte, tiene que ver con las relaciones de placer del yo con sus objetos ideales y es la manera como la alucinación se pone en sociedad.

La pérdida del objeto de la pulsión condena al comercio con un objeto fantasmático, que no es un objeto imaginario. Un objeto que no puede ser representado en sí mismo ni localizado y que, como el convidado de piedra, viene sin que se lo haya invitado, siendo imposible desembarazarse de él. Lo real es el lugar vacío dejado por la pérdida del objeto que es causa del deseo. Es él objeto muerto que sobrevive y retorna como fantasma y que por ser un fantasma desconocido, de nadie, puede tomar la apariencia de algún personaje que vivió en el pasado. Pero el fantasma no tiene nada que ver con el culto a los seres queridos ni con el difunto que convocan los espiritistas para asegurarse de que sigue estando en el más allá. El fantasma no viene cuando se lo llama y sólo puede ser reconocido en los efectos que produce, que son una mezcla de excitada atracción y de espanto. [S. Leclair: "Démasquer le réel." Ed. du Seuil; París, 1971.] La escritora norteamericana Edith Wharton, que se interesó en los hábitos de los fantasmas escribió acertadamente que lo que el espectro necesita para manifestarse no son pasadizos resonantes y puertas ocultas detrás de los tapices, sino sólo continuidad y silencio. ["Relatos de fantasmas." Alianza Editorial, Madrid, 1978.]

AMOR DE DIVÁN

La cosa tiene que suceder. El amor de transferencia es, antes que nada, algo de lo que se habla y que está escrito. Freud sentenció que es una situación por la que se ha de atravesar fatalmente en la cura y los pacientes le toman la palabra. Heredero de la sugestión hipnótica, el amor de transferencia es un componente esencial del análisis. Si éste conduce finalmente a la desilusión, para ello es preciso que el paciente sea capaz de ilusionarse, de confiar y creer en el analista, de amarlo. Amor destinado ciertamente al fracaso, pero que por eso mismo tiene en la ilusión su única verdad.

Al que habla desde el diván lo ha traído un sufrimiento psíquico cuya causa ignora y que pone a quien lo padece en relación con una verdad desconocida.

Se le ha pedido que hable, que diga lo que le vaya viniendo a la mente y lo hace con el grado de entrega de que es capaz. Pero no puede hablar de lo que ignora precisamente porque ha quedado reprimido, expulsado a otro lugar que el lugar donde el paciente habla. Ignora la verdad porque le resulta insoportable (represión secundaria) pero sobre todo porque le es imposible conocerla (represión primaria). La causa del sufrimiento es el deseo que no puede nombrar y tiene que satisfacer por el complicado expediente de su neurosis. Eso que no quiere ni puede decir se manifiesta no obstante en los tropiezos e interferencias de un discurso que trata de ser coherente, como sucede del modo más notorio en el lapsus. Entonces cae en la cuenta de que no gobierna lo que dice, que eso escapa a sus intenciones y lo deja expuesto a enfrentarse con lo reprimido traumático. Inquietante experiencia del Otro en el propio discurso, en el propio pensamiento, que hace del hablante un médium.

Como las deformaciones y disfraces del discurso no bastan para ocultar la verdad desconocida, el paciente tratará de recurrir a otra deformación que, según Freud, le ofrece máximas ventajas: la deformación por medio de la transferencia, llegando a una situación en la que todos los conflictos habrán de ser combatidos sobre el terreno de la transferencia. [“La dinámica de la transferencia”]

El analista recibe la transferencia, sin que esto suponga que sea el receptor neutro de algo a lo que estaría predestinado. En la última obra citada, Freud escribe que las ocurrencias y los actos del paciente se presentan como transacciones entre las exigencias de la resistencia y las de la labor analítica, siendo ése el punto en el que actúa la transferencia. Y luego subraya que la transferencia sólo se establece cuando un elemento inconciente se presta a ser transferido a la persona del analista, produciéndose la asociación inmediata que se anuncia con los signos de una resistencia, por ejemplo, con la detención de las asociaciones. Lo que se manifiesta bajo la forma de transferencia — añade— no es el conflicto infantil sino solamente alguno de sus elementos inconcientes, que es elegido por su adecuación para ser transferido al analista y para satisfacer a la resistencia, sin que esto signifique que dicho elemento tenga una importancia patógena especial, va que muchas veces no la tiene.

De lo anterior se desprende que la transferencia se organiza y desarrolla en función de un encuentro, siendo una construcción que se apoya en ciertas características y actos del analista que pueden ser reveladores de sus

intereses y expectativas y que al ser captados por el paciente posibilitan o aun llaman a determinado tipo de transferencia.

Férénczi ha señalado que los motivos más simples y aparentemente insignificantes pueden ser suficientes para engendrar y especificar la transferencia. La actitud benévola, comprensiva, “paternal”, o una sola palabra menos amistosa, un señalamiento sobre la puntualidad o cualquier otro deber del paciente, producen efectos transferenciales, del mismo modo como ciertas características físicas del analista, sus gestos, su nombre, alguna actitud femenina, pueden ser evocadores que conviertan al analista en un “révenant” que hace resucitar para el paciente las figuras desaparecidas de su infancia. Férénczi relaciona la transferencia con el sueño, puesto que es también por detalles minúsculos que éste evoca los objetos, las personas y los acontecimientos, concluyendo que el procedimiento poético de “la parte por el todo” es igualmente utilizado en el lenguaje del inconciente. [“Transferí et introjection.” *Oeuvres complètes*, t. I; Payot, París, 1975.]

En “La dinámica de la transferencia” queda claro que ésta no es asimilable a resistencia. Aunque utilizada por la resistencia, no es creada por ella, surgiendo como un compromiso entre las exigencias de la resistencia y las de la labor analítica. Freud observó que la transferencia pasaba a primer plano en el momento en que iba a emerger un material reprimido. En este sentido, la transferencia aparece como una forma de resistencia al mismo tiempo que señala la proximidad del conflicto inconciente. [J. Laplanche y J. B. Pontalis: “Vocabulaire de la Psychanalyse.” P. U. F.; París, 1967.] Si se ha enfatizado el carácter resistencial ha sido por haber juzgado la transferencia desde una óptica que jerarquizaba la rememoración y que veía frustradas sus expectativas cuando esperaba el surgimiento de nuevos recuerdos y se encontraba con la puesta en acto. El descubrimiento de la transferencia ha provocado precisamente un desplazamiento del énfasis teórico desde la rememoración hacia la estructura psíquica, no siendo ya en la ausencia de recuerdo sino en la persistencia del deseo inconciente en lo que se centra el análisis. [M. Dayan. “Freud et la trace.” *Topique*, nos. 11-12, 1973.] La transferencia es entonces el terreno en el que se hace posible la actualización bajo forma encubierta del deseo y las fantasías que lo soportan.

Es en “Construcciones en el análisis” donde Freud renuncia al objetivo ideal de la cura que consistiría en la rememoración completa. Allí reconoce que los recuerdos más importantes escapan definitivamente a la evocación mnémica, que ha de ser sustituida por las construcciones que el analista pueda hacer sobre el vacío de las lagunas del recuerdo, inventando con acierto. E insiste en el hecho de que esas construcciones no pretenden ser la verdad que falta sino nada más que un trabajo preliminar sometido al examen, la confirmación o el rechazo del paciente. Aun la aprobación sólo tiene valor si es seguida de confirmaciones indirectas, dando lugar a nuevos recuerdos que amplíen la construcción. Ni verdaderas ni arbitrarias, simplemente verosímiles, las construcciones son proposiciones que abren el camino a nuevos recuerdos, a nuevas asociaciones, siendo en última instancia una forma de dar un tema para qué una verdad ignorada pueda seguir diciéndose.

Se seguirá diciendo por la escucha del analista, que aguarda algo que no ha sido dicho. La escucha no es para nada pasiva ya que con su no respuesta cuestiona y rechaza las significaciones que el discurso quiere imponerle. Si la escucha puede volverse inquietante es por ser abertura y llamado a una verdad desconocida. De ahí que tan a menudo parta del diván la demanda de respuestas o explicaciones que se cierran en una significación.

Es también la escucha la que posibilita el establecimiento de la transferencia, siendo el analista quien deja venir al fantasma con su silencio. Y no por una maniobra técnica. Si ello ocurre es porque el analista necesita tiempo para entender, aunque es cierto que consiente en su borramiento porque sabe que el asunto es con otro en otra escena. Y el paciente pone en acto lo que no puede decir; aquello que no puede ser verbalizado ha de seguir el arduo camino de la transferencia. Pero aunque esté del lado de la puesta en acto, la transferencia también se establece en función del discurso. Si los personajes del pasado son resucitados, es para tener la posibilidad, siempre incierta, de poder por fin decirles algo que nunca ha sido formulado. Se llega a un punto en que eso que pugna por ser dicho trae al personaje. Es por una necesidad del discurso que las figuras desaparecidas son recreadas en la transferencia.

Ignorante de la causa de su sufrimiento, el paciente habla al analista, a quien atribuye el saber o la posibilidad de llegar a saber que a él le falta. Hay transferencia desde el momento que habla al analista tratando de encontrar la verdad en el lugar donde está el analista, que es puesto en el lugar del inconciente. [J. Lacan: “Le Séminaire”, I. Ed du Seuil; París, 1975.] Las preguntas que se hace sobre su analista, todo aquello que imagina o trata de averiguar sobre éste, que puede volverse objeto de una atención apasionada, son expresión del desplazamiento del enigma del deseo. Esas ficciones que construye con tanto empeño son fácilmente reconocibles como frutos del amor y ellas son la condición necesaria para que el deseo desconocido circule en el análisis.

El desplazamiento de la incógnita del deseo no deja de ir acompañado de tentativas de seducción. Como no puede ser dueño de su propio deseo el paciente trata de adueñarse del deseo del analista para poder seguir desconociendo el suyo propio. La seducción se despliega en el campo de la representación y muestra algo que se supone digno de ser mirado y admirado. La bella histérica es el típico caso que se ofrece en espectáculo, solicitando la mirada del analista para asegurarse de su atractivo y no enterarse de su propio deseo al sentirse deseada. Detrás del espectáculo queda el espectro, es decir, el deseo y el objeto que lo causa. “Spéctrum” viene de “spectare”, mirar.

El amor, que es demanda de ser amado, no surge en la transferencia de un modo espontáneo sino que es desencadenado por la abertura de una brecha que el amor está llamado a cubrir. Sea por una interferencia en su discurso que ha llevado al paciente a decir lo que no quería decir o por una interpretación inesperada, la transferencia amorosa irrumpe —como observó Freud— cuando el paciente queda siderado por la proximidad de lo reprimido traumático. Los engaños del amor vienen a enterrar la verdad de un deseo que ha sido aludido y actualizado por la palabra.

El amor de transferencia está entre la palabra y la representación, entre el desprendimiento y la posesión, entre el acto de amor por el que el paciente da sus palabras, sus pensamientos, su voz, con lo cual van partes de su cuerpo, y la cristalización imaginaria del estado amoroso. Lacan ha distinguido el amor como pasión imaginaria del don activo que él constituye sobre el plano simbólico, subrayando que las contradicciones aparentes a propósito de la

transferencia, a la vez resistencia y motor del análisis, sólo se comprenden en la dialéctica de lo imaginario y lo simbólico. [Ibídem]

Ante el vértigo de la palabra que se abre al deseo cabe el recurso del investimento de una representación determinada, de la fijeza de una imagen sustentadora del narcisismo. Si el ser es perdido por la palabra, el espejismo del estado amoroso lo restituye en lo imaginario.

El amor persigue un propósito distinto al del deseo. Ya vimos que el amor tierno se desarrollaba a expensas del impulso sexual y que implicaba una renuncia a la satisfacción inmediata, suprimiendo la insatisfacción derivada de la actividad sexual. El amor no busca la satisfacción sino el logro de una definición del ser por la adhesión a un ideal. El ideal-sexual resulta de la fusión del objeto del amor y el objeto del deseo, en la que el objeto del deseo es cristalizado como objeto de amor y queda fijado en lo imaginario.

La transferencia amorosa ubica al analista en el lugar del ideal del yo del paciente, que trata de volverse amoroso a la mirada del analista, fijando una imagen ideal de sí mismo. [L. Faure y C. Faure: "Ambigüité du transfert." *Lettres de l'École Freudienne* n° 15; 1975.] El ideal es convocado para mantener reprimidos los deseos que no están de acuerdo con él, en una maniobra por la cual el yo, que se ve excedido y descentrado por un discurso que no gobierna, trata de restablecer su cohesión y de reubicarse en el centro de su pequeño universo: yo amo, yo hablo, etcétera.

La utilización del amor —que ya existía— con fines resistenciales, parece indicar que el amor que era acto de entrega que se reconocía por sus frutos, pasa a ser presentado como objeto y aspira a ser reconocido de un modo absoluto. Movidado ahora por su amor propio, el paciente sólo quiere que se hable de la "realidad" de su amor. Es un intento desesperado por afianzar la certidumbre del amor que viene a sepultar la incertidumbre del deseo.

Freud dice que la paciente más dúctil de pronto se muestra caprichosa y deja de interesarse en el análisis y en las afirmaciones del analista. Si hasta ese momento trataba de obtener una satisfacción narcisista dando cumplimiento a las exigencias del ideal, es decir por la mediación del analista, ahora se calla y la tenemos recluida en su amor, en una verdadera reificación del amor y de su ser. Yo soy este amor, dice, y todo lo demás me es ajeno. Lo cual supone no reconocer al analista que es, ciertamente, negado. El yo se ha

identificado con un objeto omnipotente y perfecto y exige ser reconocido absolutamente como yo ideal. Confunde el verbo con el sustantivo: yo amo, ergo soy el amo... y debo ser reconocido como tal. El fracaso del intento de dar satisfacción al ideal por el rodeo del amor conduce a la afirmación del yo ideal por él que uno mismo se vuelve su propio ideal.

La tarea del analista ha de consistir en analizar esas confusiones, en hacer la separación entre el ideal y el objeto, restableciendo la brecha entre el objeto del amor y el objeto del deseo.

¿QUÉ HACER CON EL AMOR?

“La escena cambia totalmente, como si una súbita realidad hubiese venido a interrumpir el desarrollo de una comedia, como cuando en medio de una representación teatral surge la voz de ¡fuego!” [“Observaciones sobre el amor de transferencia”] Con este ejemplo describe Freud lo que sucede cuando el enamoramiento de transferencia hace irrupción en el análisis.

La demanda amorosa ha de ser recibida sin obtener respuesta de parte del analista, a quien Freud recomienda guardarse tanto de disuadir a la paciente como de corresponder a su amor. “Lo que hacemos [agrega] es conservar la transferencia amorosa, pero la tratamos como algo irreal, como una situación por la que se ha de atravesar fatalmente en la cura y que ha de ser referida a sus orígenes inconcientes.”

Que ese fuego no es de artificio lo prueba el hecho de que quema las palabras: en ese momento la paciente deja de hablar. Tratar el amor como “irreal” quiere decir devolverlo a la escena de la fantasía, transformando la puesta en acto en puesta en escena. Frente al “¡fuego!” el analista no puede hacer otra cosa que procurar que la comedia se reanude y para ello cuenta con el recurso de la comedia de enredos de la transferencia. Lo que él proponga puede no ser más que un pretexto para que el texto se siga desarrollando. De esta manera puede lograr que la ficción prosiga, y relanzar el discurso para que el fuego circule por las palabras. La demanda de amor que no encuentra respuesta en la realidad puede hallar su verdad en la ficción.

El analista empieza por suponer que ese amor es de transferencia. Si puede remitirlo a la historia infantil y relacionarlo con antiguos amores del paciente, no deja de encontrar lo que previamente había supuesto. Busca las asociaciones que faltan en el paciente y lo hace porque necesita establecer conexiones, porque sabe que lo único que le autoriza a intervenir es la existencia de un desplazamiento, de una repetición. Ese desplazamiento hacia el pasado tiene su fundamento en que sólo a través de la referencia a otros amores —amor a otro— puede el amor decir algo que permita ligar la historia con el presente, sin que ello signifique que el amor real o verdadero sea el del pasado. En suma, lo que hace el analista con el amor que surge en el análisis es aplicarle el método analítico, método que se basa en la asociación y que contempla desplazamientos, condensaciones.

La transferencia —hacia el pasado— la hace el analista. El amor de transferencia es, antes que nada, amor supuesto de transferencia por el analista. Y esto no es una defensa frente a los riesgos del amor, aunque puede serlo cuando haya cierto apremio en dirigir el amor hacia otro lado.

Decía antes que el amor de transferencia promueve la creación de ficciones hasta el momento en que lo único que importa al paciente es sostener la realidad de su amor. El enamoramiento puede ser considerado como resistencia en cuanto pretende afirmar a ultranza la realidad de ese amor, negando la ficción que vehicula la verdad y con la que necesariamente trabaja el analista.

Si la relación analítica está fundada en el amor a la verdad, la verdad del amor es que ama a otro. La reciprocidad de dos amores que se funden en uno es lo que hace el engaño del amor. Es necesario un tercero para llegar a la verdad del amor. Por eso cuanto más tenazmente defiende el paciente la realidad de su amor por el analista —que es un amor verdadero— más se está engañando. .

En caso que el analista correspondiese al amor de su paciente, habría satisfecho su demanda pero no su deseo, que permanecería tan insatisfecho como anteriormente y más reprimido aún. El deseo no se realiza satisfaciéndose en lo real sino cuando puede ser reconocido, nombrado por el analista. La demanda de amor no obedece a un levantamiento de la represión que pesa sobre el deseo ni su satisfacción al cumplimiento del mismo. En su

demanda el paciente busca un objeto en la esfera de las relaciones de placer al no haber encontrado todavía un entendedor de la verdad de su deseo.

La labor analítica ha de referir la transferencia amorosa a sus orígenes inconscientes, decía Freud. Lo mismo que hace con el síntoma o el sueño. Tratar la transferencia amorosa como algo “irreal” es tratarla como un sueño de amor. Pero el sueño no es lo inconsciente. Lo inconsciente son los pensamientos latentes del sueño que sólo pueden ser desvelados a través de asociaciones. Ese amor soñado ha de ser trasmutado en una organización de pensamientos, en un decir donde pueda ser entendido el deseo reprimido. Es porqué tiene pensamientos que pueden llegar a ser formulados que el amor de transferencia es algo más que una construcción imaginaria y algo más que una resistencia.

El análisis de los conflictos sobre el terreno de la transferencia es algo distinto del análisis directo de la transferencia. La interpretación sistemática de la transferencia no le permite desarrollarse, ya que se le está recordando al paciente que el analista no es ese otro que él se cree. Salirle al paso a la transferencia es una conducta de acosamiento al fantasma por la cual el analista, al interponer su persona, se sustrae a la transferencia y a lo que ella puede hacer surgir. Así, por ejemplo, la interpretación apresurada de la transferencia amorosa significa un rechazo del amor, un intento de disuadir a la paciente que Freud juzgaba desatinado.

El ejemplo puesto por Freud plantea el problema de la relación entre las ficciones que se desarrollan en la transferencia y el fuego real. El amor de transferencia puede ser estimado un sueño de amor, pero ese sueño se funda en lo real, en la conmoción producida por la proximidad de lo reprimido traumático. El paciente busca en el analista o en las ficciones que va creando una respuesta a sus interrogantes, tratando de encontrar una explicación a su sufrimiento. Si existe el empeño en esclarecer las cosas es porque hay golpes que “abren zanjas oscuras”. [C. Vallejo: “Los heraldos negros.”] Si inventa historias y entre ellas una de amor con el analista no es por satisfacer necesidades sexuales o afectivas sino porque ante él se ha abierto la brecha del deseo que lo enfrenta con la castración y la muerte. La ficción no responde a la necesidad sino que responde a la violencia de una verdad. [J. D. Nasio: “Transmission et inconsciente.” *Ornicar*, nº 14; 1978.] El deseo está antes que

el amor, pero lo que la demanda de amor persigue no es cumplir el deseo sino cerrar la brecha incrementando la acción de las fuerzas represoras.

El fuego que irrumpe en el transcurso de la ficción es de la misma naturaleza de lo que la había fundado y es porque la ficción tropieza con lo real que el análisis no se reduce a un puro despliegue de ficciones. En esos momentos cargados de tensión, de sufrimiento, es cuando la ficción toma cuerpo al producirse el encuentro de lo ficticio con el cuerpo de la realidad pulsional. El análisis se desarrolla en la ficción, pero en sucesivas detenciones y relanzamientos.

EL AMOR Y EL PASADO

El amor de transferencia es un amor con historia, una historia que nunca acaba, que se da en el presente y que mezcla pasado y futuro. No es posible saber cuándo empezó ya que el sujeto mismo es el producto de la relación amorosa de sus padres y es portador desde su nacimiento de las vicisitudes libidinales de ambos. No hay erigen de la transferencia, y si buscamos en el pasado lo que encontraremos es un mito al que llamamos Edipo, que da cuenta de una satisfacción imposible.

Es una historia que no tiene origen y que nunca termina de realizarse. El capítulo que Ortega y Gasset dedica a la historia del amor finaliza con una nota sobre el amor cortés, un amor que siempre guarda una distancia, que no es compatible con ninguna realización sensual y que es todo .tensión, afán, anhelo. [“Ensayos sobre el amor”]

Que el amor de transferencia tenga su historia no significa que sea la mera reedición de antiguos amores. Freud reconoció que en la transferencia también hay algo nuevo que no se explica por lo ocurrido anteriormente. Nada que pueda ser considerado transferencial es ajeno al encuentro con el analista, siendo por lo demás imposible discernir lo que en todo amor hay de pasado y de presente. Si el analista interroga al paciente sobre sus amores infantiles no es porque vaya a encontrar en ellos el amor original sino, porque el amor que supone de transferencia es uno entre otros y se integra en una ronda del amor que no tiene comienzo ni fin. M, Neyraut señala que la fuerza de la ilusión de

transferencia conduce al analista a creerse la imagen inicial o terminal de una cadena asociativa» mientras que sólo su inserción en la cadena le permitirá situarse. [“La transferencia”; ed. Corregidor; Buenos Aires, 1976.]

Las vicisitudes de la vida amorosa pueden dejar entrever la recurrencia de ciertos rasgos singulares en que se manifiesta la vida pulsional que excede a las relaciones de placer del yo con los objetos y las determina. Los amores de la infancia son una cosa y la sexualidad infantil y la persistencia de los deseos en que ha quedado plasmada son otra cosa. Si algo de los antiguos amores persiste es en cuanto cobertura y manifestación de la obstinación del deseo, ya que no hay amor que no esté sometido a los efectos del deseo inconciente.

El amor de transferencia es un recurso a viejas coartadas tendientes a conjurar la insatisfacción, pero es desencadenado por una situación actual apremiante y no por el empuje de los antiguos amores sobre el presente. La repetición, psicoanalíticamente considerada, no es la reproducción de experiencias efectivamente vividas o simplemente imaginadas, sino que gira en torno de un vacío, de la forma en que ha quedado inscrita la decepción por algo que nunca pudo ser realizado. Esto podrá encontrar en el análisis nuevos significantes en que articularse, nuevas formas de simbolización, y es de esa manera como algo puede cambiar en la vida del paciente.

La persistencia del deseo remite a cierta relación con un pasado que debe su eficacia al hecho de haber sido reprimido. Es un pasado que no ha sido, no localizable en el tiempo y que mal podría ser recordado. “Un pasado non venido”, como dijera Manrique. Ese pasado sólo puede ser en el discurso y tiene la posibilidad de constituirse como pasado en el tiempo del análisis mediante el reconocimiento de aquello que persistía y continuaba activo por el hecho de no haber estado presente sino reprimido. Lo real es la amnesia, el ser perdido en el tiempo que la memoria alucina o que sé realiza en su muerte cuando algo no dicho termina por decirse, dando lugar a un dicho nuevo. Desde el momento que es reconocido, el pasado pierde su eficacia y queda destinado al olvido.

No se trata entonces de enriquecer el presente con recuerdos que antes eran inaccesibles sino de desligar al paciente de un pasado que no podía olvidar porque estaba malamente reprimido. Reconocimiento de una verdad no es conocimiento de los hechos acaecidos y hacer conciente lo inconciente es una pérdida y no una ganancia. Una pérdida que hará posible una nueva vida

del deseo y del amor al ser liberados de la tiranía de las figuras idéales y eternas a las que la libido se hallaba fijada.

RESUMEN

La pulsión sexual se constituye como tal con la pérdida del objeto, que se produce cuando la pulsión se liga a un representante psíquico, El deseo es la representación incesante del objeto que falta y que ningún encuentro en la realidad puede satisfacer. Hay una brecha entre el objeto alucinado del deseo y el objeto de la percepción, diferencia que es el producto de la división del sujeto en sujeto de la percepción y sujeto del deseo. En el amor el sujeto dividido trata de ser uno con su objeto, llenando el vacío que deja la insatisfacción sexual. La persistencia del investimento del objeto es el corolario de la persistencia del deseo insaciable. El amor cubre el deseo pero no se libra de sus efectos; el objeto del deseo queda cubierto, fusionado con el objeto del amor e incluido en la cobertura. Es tarea del análisis volver a hacer la separación entre el objeto del amor y el del deseo.

El amor está entre la representación y la palabra. El ideal amoroso es una forma, una figura imaginaria, a la vez que es tributario de un discurso circulante en la sociedad que da definiciones del amor en los relatos de historias amorosas en que el amor se inspira.

Amor es un acto de desprendimiento libidinal y de relación a la castración al mismo tiempo que un intento de restitución de la completud narcisística perdida, viniendo el objeto a sustituir un ideal propio no alcanzado.

La transferencia amorosa irrumpe en el análisis cuando el paciente queda siderado por la proximidad de lo "reprimido traumático. Es desencadenada por un acontecimiento de palabra, sea porque el paciente ha dicho algo que no quería decir o por una interpretación inesperada. Si el ser es perdido por la palabra que alude al deseo reprimido, el espejismo del estado amoroso lo restituye en lo imaginario.

El amor de transferencia es demanda de ser amado. Pone al analista en el lugar del ideal del yo del paciente, que trata de volverse amoroso a la mirada del analista y de fijar una imagen ideal de sí mismo. El fracaso del intento de

satisfacer las exigencias del ideal por el rodeo del amor y la mediación del analista, puede conducir a una identificación del yo con el ideal —yo ideal— y a la exigencia, esta vez del paciente, de un reconocimiento absoluto de la realidad de su amor.

Enfrentado a la realidad del amor el analista tratará de devolverlo a la escena de la fantasía, transformando la puesta en acto en puesta en escena. Empieza por suponer que ese amor es de transferencia y aguarda sin apresuramientos la oportunidad que le permita vincularlo con otros amores de su paciente. No porqué vaya a encontrar en ellos el origen del amor de transferencia sino por la necesidad de restablecer un movimiento, de hacer circular el amor en el tiempo y en las palabras para que pueda decir lo que quiere decir. El amor es utilizado por la resistencia desde el momento que el paciente defiende tenazmente la realidad de su amor, negando la ficción que vehicula la verdad y con la que necesariamente trabaja el analista. Es porque tiene pensamientos que pueden llegar a ser formulados que el amor de transferencia es algo más que una construcción imaginaria y algo más que una resistencia.

La transferencia amorosa es un recurso a viejas coartadas regidas por el principio del placer y tendientes a conjurar la insatisfacción, pero es desencadenada por la conmoción producida por la proximidad de lo reprimido traumático y no por el empuje de los antiguos amores sobre el presente.

Recibido: junio de 1979.

CARLOS SOPEÑA (Uruguay), psicólogo, se formó en Uruguay y actualmente trabaja en Madrid, siendo miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Madrid. Ha publicado varios trabajos en esta Revista. , :

Dirección: Dr. Fleming 4, 109; Madrid 16.